

José Madrid Millán



Cetrería con azores y gavilanes

Su manejo, adiestramiento y reproducción doméstica

El Embrujo de los accipíteres



PRÓLOGO

El libro que el lector tiene en sus manos es el fruto de la pasión por las aves de bajo vuelo, y de las ganas por compartir experiencias y conocimientos tanto de su autor principal, José Madrid, como de todos y cada uno de sus numerosos colaboradores. Merece sin duda el reconocimiento de la comunidad cetrera por el enorme esfuerzo que ha supuesto su realización. En el caso de José, además, hay que aplaudir su valentía por plantear y abordar con éxito el reto de escribir sobre aves de bajo vuelo a cetreros ya iniciados en su manejo. Por mi parte, también debo agradecerle su invitación para escribir las presentes líneas a modo de prólogo. Vaya por delante que, a pesar de coincidir en muchas de las reflexiones expuestas a lo largo de estas páginas, mi colaboración no implica que secunde necesariamente cuanto hay escrito en la obra.

A José Madrid le avala asimismo su ya extensa trayectoria, no en vano lleva media vida volando en las alas de sus azores, harris y gavilanes. En muchas ocasiones podríamos interpretar su redacción como autobiográfica, dado que incluye numerosos nombres de compañeros de caza (ya sean humanos, aves o perros), localidades y además narra muchas experiencias vividas en primera persona. Pero también ha sabido rodearse de cooperadores que, en mayor o menor medida, podemos reconocer como coautores. Mi enhorabuena también a todos y cada uno de ellos. Asimismo, mi felicitación a todos y cada uno de los fotógrafos: rompo una lanza en su favor. A menudo se infravalora su trabajo por creer que basta con apretar el botón de una buena cámara para realizar una fotografía de calidad. ¡Qué lejos se encuentra esta creencia de la realidad! De hecho, podríamos afirmar que muchos libros “entran por los ojos”, por la belleza de sus imágenes, antes que por su propio contenido literario.

Estamos ante un trabajo singular sobre azores y gavilanes. Más que una obra sobre un tema, estructurada en capítulos, se puede decir que una suma de artículos compone la obra. El buen ojo y la veteranía de José Madrid han conseguido que su conjunto resulte interesante. Constituye el primer libro de autores españoles dedicado a la cetrería con azores y gavilanes, nuestras aves autóctonas de bajo vuelo. Viene por tanto a cubrir un importante hueco en la bibliografía cetrera escrita en lengua española.

El planteamiento de José, ajeno a una estructura excesivamente academicista, le permite la libertad para abordar “a la carta” los capítulos en cuanto a contenido y profundidad, logrando así una mayor frescura en su lectura. El texto está dirigido a cetreros ya iniciados, como muestra el hecho de que, a lo largo de su exposición, se den muchas cosas por sabidas. A menudo José Madrid expone reflexiones realizadas en voz alta. Así, podemos encontrar encomiables mensajes para practicar nuestra afición de manera acorde con la normativa vigente, la colaboración con las administraciones correspondientes o la propuesta de realizar los campeonatos de cetrería a caza real (en lugar de fomentar los espectáculos de capturas ante el público mediante la suelta de presas capturadas previamente, lo que se conoce como “escapes”). En otros apartados nos transmite emociones y sentimientos que evidencian su amor por la cetrería. En el capítulo en que nos refiere lances con su azor, Lucía comparte la enorme satisfacción que tenemos como “padres cetreros” cuando vemos disfrutar a nuestros “hijos” en un buen día de caza.

José aporta datos interesantes del resultado de la cría de azores y gavilanes en España. Para ello ha recorrido de cabo a rabo la geografía de nuestro país. Le felicito por su perseverancia y su éxito en esta encomiable tarea, ya que supera con creces cualquier recopilación de centros de cría de aves de bajo vuelo realizada hasta la fecha. También merece reconocimiento su trabajo en la localización de híbridos entre accipíteres y cruces dentro de una misma subespecie.

Por otra parte, aporta una creatividad novedosa en este tipo de obras, al establecer una valoración de las distintas subespecies y líneas de azores en la caza.

En el caso de la biología de azores y gavilanes, fundamenta el texto más en su propia experiencia que en los trabajos académicos llevados a cabo por autores reconocidos.

Admiro de José Madrid, entre otras muchas cosas, la habilidad que ha tenido para contar con un elenco tan significativo de colaboradores. Quien siembra, cosecha: alguien que ha trabajado tanto por la cetrería, particularmente en la Comunidad de Madrid, cuenta con amigos cetreros allá donde vaya. El hecho de ser una obra participada enriquece significativamente su contenido. La aportación de los colaboradores resulta variopinta tanto en su temática como en la profundidad de sus trabajos y el estilo

literario de sus textos. Encontramos capítulos donde la experiencia con un individuo se extrapola a la especie (como el caso del gavilán estriado o del dedicado a las experiencias con el gavilán de Cooper). Otros capítulos rezuman años de experiencia observando aves e interpretando su comportamiento, como es el caso del dedicado a las aptitudes y actitudes del azor para la caza, el dedicado a la veterinaria de los accipíteres, o el que trata del proceso de impronta y caza con el azor ibérico, por poner solo tres ejemplos.

He disfrutado, y mucho, con la calidad literaria y las reflexiones realizadas por José Antonio Martínez Galeano en su capítulo “Lances para recordar y lances para olvidar con el nius”. En su lectura se puede palpar la experiencia que está viviendo este cetrero en cada lance que describe. Igual sucede con los párrafos de Elpidio Gayo, o con lo bien desarrollado que está el capítulo del azor tachiro. Hasta se puede llegar a sentir frío leyendo el relato de Alistair McEwan sobre la caza de la liebre azul. Son tan exigentes las condiciones climatológicas imperantes donde vuela, que tiene que dejar un emisor encendido dentro del coche. Así, a pesar de la nieve, el viento o la niebla podrá encontrar el vehículo a su regreso.

A lo largo de las páginas del libro he encontrado frases elocuentes que me han gustado especialmente y que siguen alimentando mis reflexiones. Destaco a continuación dos de David Arranz:

“Tendemos los cetreros a valorar más lo anecdótico que lo cotidiano, cuando lo realmente difícil en cetrería es la regularidad.” (página 155)

“... pese a haber tenido muy buenos azores a pelo, conejo y liebre, digo sin temor a equivocarme que si queremos ver a un azor volar, haciendo alarde de sus principales atributos, necesitamos verlo volando detrás de algo que también vuela.” (página 160)

Y por último, una de Elpidio Gayo:

“... los azores son, dentro de las aves de presa empleadas en cetrería, las rapaces en las que hay una mayor diferencia entre el uso que hacemos de ellas y lo que son capaces de hacer en estado salvaje. Estamos usando un potencial mínimo del azor.” (página 166)

En las páginas que siguen se nos habla de aves y lances de bajo vuelo. Sin querer entrar en el debate de si la cetrería es más bonita o depurada que la altanería, sí me gustaría hacer unos comentarios sobre la caza con azor. En alguna publicación expresé que el cetrero, al volar a su ave, consigue experimentar una nueva dimensión, la vertical. Es decir, que se convierte en un cazador con dos piernas y dos alas. Comparado con el vuelo de los halcones, en el caso de los azores puede que esa dimensión vertical del hombre alcance solo unos pocos metros de altura. Sin embargo, el cetrero sabe apreciar con intensidad lo que es contar con alas que dominan el vuelo en las acrobacias más inverosímiles. Habitualmente la persecución es directa desde el puño, por lo que nos convertimos en copartícipes de la emoción de descubrir a la presa. Llevar a un azor en peso en el puño es de las sensaciones más emocionantes que puede tener alguien a quien le guste el campo: su mirada atenta a cuanto se mueve, ya sea a corta o larga distancia, la tensión de sus músculos, preparados para impulsar una fulgurante salida en cualquier momento, la compenetración con el cetrero, estando el pájaro atento a todas y cada una de sus reacciones...

Los cetreros somos cazadores, sin embargo hay rasgos que nos diferencian del resto. Es obvio que vivir con un ave de presa supone asumir un compromiso que no tiene quien solo caza con escopeta. Quien además emplea un perro, entenderá mejor de lo que hablo en cuanto a tener que sacarle todos los días, aunque solo sea para dar una vuelta. Sin embargo al ave de presa, que por ser ave se parece menos a los humanos que el perro, hay que sacarla a volar. Esto supone tener un campo cercano, tiempo, tenacidad y entrega a la causa.

En el caso de los azoreros y de los gavilaneros, se puede incluso afinar más. Los lances se llevan a cabo en distancias cortas y requieren que los asistentes se encuentren cerca del ave si desean disfrutar del placer de observarlos. Por su carácter, estas aves no acostumbran a aceptar bien que vayamos a cazar en grupo. En definitiva, el azorero suele ser alguien que disfruta yendo en soledad. Quienes vuelan harris, el ave más gregaria por naturaleza, pueden hacerlo en nutridos grupos de participantes. Quienes vuelan con halcones, pueden ser observados en la distancia por cuantos acompañantes quieran. Haciendo un símil como fotógrafo y observador de la naturaleza, me atrevería a decir que los azores son a los prismáticos lo que los halcones a los telescopios de observación

terrestre. Me explico: quien sale al campo a contemplar fauna con prismáticos, ha de permanecer muy alerta. El número de aumentos, habitualmente menor de 12, obliga a ser precavido con los movimientos. Los animales miden su distancia crítica de huida ante la cercanía del ser humano, así que acabamos viviendo la caza en distancias cortas. En la emoción de un lance con desenlace breve hemos de llevar todos nuestros sentidos agudizados al máximo. El vuelo cercano a la tierra, o lo que es lo mismo, al hombre y a la presa, hace que el cetrero se sienta más participe de la caza. Observar a los animales con un telescopio es una tarea placentera en cuanto que se desarrolla de forma tranquila en áreas extensas sin apenas impedimentos para la visión. Se localiza a la presa en la lejanía, la mayor parte de las veces sin que ni siquiera llegue a percatarse de nuestra presencia. Como premio podemos observar su comportamiento natural, ajeno a nuestra presencia, así como disfrutar del lance con cuantos acompañantes queramos.

Además del prólogo, José Madrid me ha solicitado una aportación sobre el papel que tenemos los cetreros ante el reconocimiento de la cetrería como patrimonio de la Unesco. Lo hago gustosamente en el correspondiente capítulo.

Madrid, primavera de 2013

Javier Ceballos Aranda

Comendador de la Orden del Mérito Civil por su trabajo en favor de la cetrería
Premio Extraordinario de Doctorado de la Universidad Politécnica de Madrid por su tesis
doctoral sobre la Cetrería en España